

# ¿QUE SE DEBATE EN PUEBLA?

PEDRO TRIGO

## PUEBLA 1979

Este mes los obispos latinoamericanos se reunirán en Puebla. Han pasado diez años de Medellín. Si hace cinco años pudimos escribir que ya no hay flores, hoy podemos sentir ya los primeros frutos de la semilla que cayó en tierra y es regada incesantemente con sudor y sangre.

Aún la noche atroz de los Regímenes de la Seguridad Nacional pesa sobre el continente cuando ya los estrategias de la Comisión Trilateral proponen el retorno al civilismo y la defensa formal de los derechos humanos para asegurar una estabilidad que permita al primer mundo un crecimiento sostenido a nuestra costa. Se nos promete un nuevo trato, pero se nos niega toda participación y solapadamente sigue la carrera armamentista, no ya contra el Este —nuevos invitados al banquete de la opulencia— sino contra el tercer mundo a quien se intenta a toda costa mantener como humanidad de segunda, explotada y pintoresca. Carter —como antes Kennedy y con la misma fachada liberal y cristiana— es para América Latina la punta de lanza de este nuevo trato, de esta segunda edición de la Alianza para el Progreso, mucho más organizada y consistente que la que se intentó hace casi veinte años. Entonces se pretendió conjurar el peligro socialista y endosar el continente al sistema económico, político y militar de USA. Las empresas transnacionales articularon el continente para su provecho particular. Pero esquilmaron los recursos no renovables, engendraron una marginalidad creciente y cada vez más inmanejable y embarcaron a los Estados en deudas endémicas e impagables. El resultado fue la inestabilidad permanente o —donde hubo un resquicio— la opción socialista de los pueblos. Y como único medio de evitarlo surgieron los regímenes de la Seguridad Nacional.

Ahora se pretende quitar el efecto sin remover la causa. El capital financiero mundial, y no ya sólo USA, sería la metrópolis inasible del continente. La lucha ideológica no se basaría ya en la

propaganda antisocialista sino en la proposición positiva del desarrollo, de la posibilidad de bienestar para grupos crecientes y en un intento de “moralizar” el mundo de los negocios y la política que consistiría en obligar a las empresas a que se sometan a los códigos que ellas crearon y a los gobiernos a mantenerse en las reglas de juego de la política liberal. Se habla de crisis mundial, pero hay que hablar también en esta coyuntura de la ofensiva de las clases dominantes: Se establecen metas a largo plazo, se imponen unas determinadas relaciones sociales y de producción, se arbitran fácilmente préstamos y otros recursos extraordinarios y el Estado se consolida como propulsor directo del modelo. Hay, pues, propuesta una estrategia mundial de largo alcance.

No es necesario discurrir mucho para concluir que esta propuesta histórica estaría frontalmente en contra de la que formularon en Medellín los obispos latinoamericanos. Por eso sostener en estas condiciones la proposición de Medellín equivale a largo plazo a un enfrentamiento global con “el imperialismo internacional del dinero” y “el colonialismo interno”. Supone por de pronto que la jerarquía latinoamericana dejaría de ser autoridad de este mundo. Supone, pues, una conversión no sólo en un sentido intimista sino de un modo global.

De ahí arranca el temor que nos invade a muchos cristianos latinoamericanos sobre lo que pasará en Puebla: ¿Será capaz la jerarquía latinoamericana de vender sus tesoros de seguridad y prestigio social por la alegría del descubrimiento de ese tesoro escondido que es el predicar y hacer presente a los pobres la buena nueva de su liberación? Muchos temen que no será capaz. Muchos temen que reconocerá en el rostro campesino de Carter y sus vaborosas invocaciones a Dios, a la moral y a los derechos humanos una salida airosa al impase que la agobia. Nosotros tenemos mucho temor de que las cosas marchen así; pero como guardamos también cierta esperanza va-

mos a colocar aquí como testimonio al comenzar este año decisivo las notas de lo que para nosotros es y no sólo fue Medellín. Ellas nos servirán como piedra de toque para evaluar los resultados de Puebla.

## ALCANCE DE MEDELLIN

Comenzamos afirmando que Medellín no es para nosotros un conjunto de documentos más o menos congruentes que brotaron de una reunión de obispos. Medellín es para nosotros un proyecto histórico. No es, pues, propiedad de las jerarquías eclesásticas, sino el modo elemental, genuino, irrenunciable como muchos latinoamericanos se sienten cristianos.

Y si estos cristianos hacen de este nombre su bandera es porque reconocen en él una hora de Dios: un momento en que la Iglesia latinoamericana, intentando adaptar el Concilio, se puso al paso de los pueblos. Supo como Yavé dejarse interpelar por el sordo clamor de las muchedumbres, supo interpretar correctamente el momento presente no sólo como subdesarrollo sino como opresión de unas clases sociales sobre las demás, penetró en la entraña atea, negadora de Dios de este sistema y tuvo sobre todo el coraje de desolidarizarse con la situación y proclamar que Dios se hacía hoy presente en la acción liberadora. En Medellín la Iglesia latinoamericana anudó con sus fundadores y retomó los problemas que ellos, derrotados por sus enemigos, no pudieron resolver. En Medellín la Iglesia latinoamericana salió de sus fronteras y por eso volvió a ser esperanza de los pueblos y sospechosa para los que dominan.

Medellín es un proyecto histórico: La asamblea de los obispos reunida en 1968 en aquella ciudad colombiana fue en gran parte el resultado y la expresión de aquellos grupos cristianos. Las conclusiones de Medellín no fueron un milagro caído del cielo o una casualidad; fueron el fruto de la labor tesonera de estos hombres, de su trabajo pastoral y de su esfuerzo por comprenderlo y

proyectarlo. La reunión de Medellín no se puede comprender sin la existencia previa de un proyecto pastoral de liberación.

Claro está que los documentos de Medellín son el resultado de una transacción. Las vacilaciones en el interior de cada documento y las incongruencias entre unos documentos y otros no se explican ante todo por la inconsistencia ideológica de sus autores sino porque en su redacción y aprobación jugaron diversas corrientes históricas. Las conclusiones de Medellín fueron expresión de la convergencia de dos proyectos históricos: El de nueva cristiandad y el de liberación. El primero era y sigue siendo el más numeroso y el que ocupa los puestos claves. El segundo sigue aún en minoría, pero crece incesantemente y se profundiza y posee genuina audacia práctica. Y fue precisamente el proyecto de liberación el que redactó las conclusiones más características de Medellín. El de nueva cristiandad se limitó casi siempre a recortar y a limar. La causa de este predominio ideológico estaría ante todo en el toque de profunda originalidad y arrastre que caracteriza al proyecto de liberación. Pero sin duda que tuvo también que ver con la coyuntura del 68 que a nivel mundial estaba dominada por un intento de revolución cultural y a nivel latinoamericano estaba penetrada por la compulsión al cambio debido al fracaso de la Alianza para el progreso.

Medellín es hoy recordado por el documento de paz, el de catequesis, el de educación y el de la pobreza, por la introducción a las conclusiones y por aquellas frases sueltas que esparcidas acá y allá impregnan del mismo espíritu a los otros documentos. Lo demás ha quedado relegado al silencio. ¿Cuál sería la causa de esta selección que ha ido operando el tiempo? Sería que, así como lo demás se limitaba a interpretar con mayor o menor fortuna lo adquirido, estos textos se revelaron como guías para la acción transformadora y por eso han venido a ser bandera de contradicción. Son textos con futuro, son proposiciones históricas. Y quienes los han acogido como buena nueva son quienes estaban o quienes han sido ganados por este proyecto de liberación. Y quienes los combaten son los jefes policiales, las agencias de prensa, las oligarquías y aquella parte de la Iglesia que oficia como religión del orden establecido. Quienes los combaten son los enemigos de la liberación latinoamericana. Estos textos impiden hoy encubrir la división en la sociedad y en la Iglesia latinoamericanas.

Medellín es un proyecto histórico. De ahí que su alcance no quede limitado a una década, como algunos pretenden.

Medellín, hablando en su máxima generalidad, aún está en la fase de lanzamiento. Y son precisamente estos últimos los años en que va llegando al pueblo y hay que decir con alegría que, a pesar de su carácter austero y de la coyuntura sociopolítica y cultural tan represiva, el pueblo lo recibe sin escándalo, como buena nueva de Dios, como reconciliación con la Iglesia y como reasunción de su papel activo dentro de ella y en la sociedad.

Como proyecto histórico, Medellín abarcará sin duda a varias generaciones. Como histórico que es da cabida a transformaciones, no se siente atado a formulaciones ni restringido a sus cauces iniciales; no es un dogma ni una secta. Presenta una diacronía en su realización en los diversos países con lo que se da una interacción muy fructífera. Es constantemente redimensionado y está sujeto a estrategias y tácticas cambiantes según el estadio global de la sociedad y de la Iglesia.

Incluso como proyecto pastoral no se siente en incompatibilidad absoluta con los otros proyectos pastorales latinoamericanos. Contempla más bien confluencias y alianzas. E incluso en su confrontación aspira a ser dialéctico, es decir a negar de tal modo que conserve en la nueva configuración lo más precioso del patrimonio tradicional del cristianismo latinoamericano.

## NUCLEO DE ESTE PROYECTO

### 1. Latinoamérica como lugar teológico

1. El descubrimiento fundamental sería el reconocimiento de **Latinoamérica como lugar teológico**.

La Iglesia latinoamericana cristaliza a fines del siglo XVI como cristiandad colonial y con este carácter colonizado se habría mantenido hasta el día de hoy. Sin embargo hay que decir que la Cristiandad de las Indias fue posible porque sus fundadores no la pensaron en continuidad con la metrópolis sino porque en base a las experiencias evangelizadoras trataron de recrear el cristianismo con que habían sido enviados.

En concreto: La contradicción fundamental en que consiste el cristianismo latinoamericano —y en cierto modo también la cultura latinoamericana— sería la afirmación simultánea de la fraternidad y la dominación. Los españoles como pueblo llegan y se establecen llamando y considerando al indio como hermano y como siervo. Tanto la teoría convencional de la izquierda que considera a la evangelización como mera ideología encubridora de la explotación

como la teoría hispanista que atribuye la opresión a meros abusos aunque repetidos de conquistadores, encomenderos y funcionarios parten de un pensamiento adialéctico, incapaz de abarcar las contradicciones reales, y por eso resultan insuficientes para dar cuenta cabal de la realidad latinoamericana. El modo de producción fue colonial aunque atenuado por ciertas leyes; y la aceptación común del cristianismo por parte de indígenas, criollos y peninsulares fue real y relevante y por eso, durante casi un siglo, la fuente principal de los conflictos. Y los conflictos apuntaban a la superación histórica de la contradicción acabando con la fuente estructural de la opresión: la encomienda. Incluso apuntaban más lejos: a la constitución de una cristiandad indígena, negando la necesidad de la mediación histórica de la corona española.

Latinoamérica nació como Nuevo Mundo, es decir como lugar, no sólo para la explotación colonial mercantilista, sino también para la realización de la utopía cristiana. La evangelización de Latinoamérica engendró prácticas inéditas, continuas experiencias, y también dio que pensar. Fue sin duda —y más que la Reforma— el lugar teológico fundamental del siglo XVI.

Pero luego el cristianismo latinoamericano se ajustó a las condiciones del sistema. Aún mantuvo por largo tiempo creatividad, sobre todo en sus zonas fronterizas; pero poco a poco dejó de ser lugar teológico para pasar a ser aplicación tardía y desdibujada de los proyectos europeos. De la frontera donde se creaba la Iglesia pasamos a ser una Iglesia rutinaria, atrasada y pobre de espíritu; una cristiandad de pueblos devotos e ignorantes y de pastores tradicionales y no muy ilustrados.

El Concilio no fue producto de una necesidad sentida en la Iglesia latinoamericana, que recibió los decretos con acatamiento pero sin capacidad para comprenderlos y aplicarlos. De ahí que Medellín fuera mirado no sólo por la Iglesia europea sino también por gran parte de la Iglesia latinoamericana con sorpresa rayana en el estupor. Porque Medellín proponía la abolición del orden continental desde una visión renovada del cristianismo. Dios habla aquí, Dios se hace presente, y su revelación significa nada menos que la negación superadora de todo el orden social y del modo adaptado a él de concebir la religión. El amor eficaz al pueblo había roto el techo del orden establecido: si no se podía realizar en este sistema, habrá que embarcarse en una transformación urgente y audaz.

Como en el siglo XVI, Latinoamérica vuelve a ser lugar teológico y vuelve a serlo para completar la fundación de la Iglesia latinoamericana tal como entonces

se intentó. Así como entonces la evangelización del indígena llevó a ver la situación desde él, y desde la solidaridad con él llevó a confrontarse con el imperio y con los encomenderos, así hoy la evangelización del pueblo —que son los indígenas en derivación histórica— nos lleva a romper nuestra solidaridad con el orden establecido y a confrontarnos por causa del reino de Dios y su justicia con el imperio mundial de las transnacionales y con sus socios menores las burguesías dependientes y los Estados burgueses. ¿De dónde han sacado los cristianos esa audacia? Indudablemente de su fe, que de ser una fe decapitada y por lo tanto ciega e impotente a pesar de su buena voluntad ha pasado a ser una fe que busca entender, que piensa libremente, urgida por el amor que quiere ser eficaz. Por eso el descubrimiento fundamental de este proyecto histórico ha sido el reconocimiento de Latinoamérica como lugar teológico: aquí y sólo aquí y en esta historia, descifrando sus signos, será posible encontrarnos con Dios.

## 2. Nueva visión de Latinoamérica

De esta fe que busca interpretar correctamente el tiempo presente (Lc. 12, 56) y de la práctica correspondiente ha brotado una nueva visión de Latinoamérica. Muchas prácticas tanteantes, discernidas desde la fe volcada en la historia, han desembocado en una manera coherente de ver la realidad que ha permitido una práctica más sostenida y articulada. Así hasta la formulación de un verdadero proyecto histórico.

Esta nueva visión compondría un verdadero círculo hermenéutico formado por tres niveles que mutuamente se interpretan. El primer nivel, el más originario y fundante, sería el del corazón de carne que se duele de las necesidades y de la opresión del pueblo. No hay nada anterior a este nivel ya que la certidumbre científica es instrumental y las mismas certidumbres teológicas vienen a su zaga ya que “no están hechas para suplir la rectitud del corazón humano como fuente primera de todo juicio histórico”. Este corazón humano sería el corazón del Dios bíblico que no puede soportar impávido el clamor de los oprimidos; sería el corazón de Jesús de Nazaret que sentía compasión de la gente y que se solidarizó completamente con el pueblo del que formaba parte.

Este corazón abierto al dolor del pueblo es el que lleva a elegir un determinado instrumental científico —y éste sería el segundo nivel— que critica a la modernización propuesta por las élites y califica de colonialismo interno su pretensión de liderazgo y de violencia institucionalizada el orden creado por ellos y llega hasta la

denuncia del desarrollo dependiente propuesto por las transnacionales como imperialismo, como acto de injusticia y de violencia que impide la paz.

Como tercer nivel vendría la lectura teológica de esta situación que la califica de situación de pecado porque al imposibilitar la paz social y la paz interior implica un rechazo del don de Dios, más aún un rechazo de Dios mismo. Ya que cuando la fraternidad es negada se está negando a Dios Padre.

## 3. Organizaciones de base

La proposición fundamental de este proyecto histórico consistiría en convocar al pueblo a asumir su destino: “Alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base” (2,27).

Frente a la llamada del status a encuadrarse y consumir, frente a la masificación de los populismos y la burocratización de la mayor parte de los socialismos en el poder el santo y seña, la piedra de toque de este proyecto es la participación popular.

Desde la fe en el Espíritu de Jesús que sopla hoy en nuestra historia decimos: Sólo el pueblo salva al pueblo. Esto no lo decimos como un slogan entusiasta y vacío. Ni lo decimos como expresión mística improbable. Lo decimos como proyecto histórico. Es decir, todavía no es verdad que sólo el pueblo salva al pueblo. Lo que sí hemos comprobado —y ya es mucho— a lo largo de nuestra historia es esta verdad: El no pueblo no salva al pueblo. Y esta otra: El pueblo salva al no pueblo. En nuestra historia nunca se ha salvado al pueblo desde arriba, y es el pueblo el que, convocado por otras clases, las salvó a su costa. Por eso ahora decimos, apostamos, pretendemos: Sólo el pueblo salva al pueblo. Y también creemos que salvará a los que no lo son, por añadidura. Por eso, frente a las eternas promesas incumplidas, proponemos esta alternativa: organización popular. Es una proposición histórica, abierta por tanto a la incertidumbre del futuro. Decimos que con nosotros lucha Dios. No pretendemos que el éxito de nuestros planes quede garantizado. No decimos: El pueblo unido jamás será vencido. Esperamos, no más, que algún día no lo sea y que sepamos entonces custodiar nuestra victoria.

Esta proposición fundamental tiene que ver desde luego con los partidos socialistas y con los sindicatos clasistas. No es que éstos sean hoy los dos únicos canales. Este proyecto conoce otras muchas formas de organización popular. Pero sabe que no puede realizarse prescindiendo o en contra de los partidos socialistas y los sindicatos clasistas. Y aquí hay una fuente de conflicto, dado el estado actual en

muchos de nuestros países de este tipo de organizaciones y dado también que los grupos cristianos se han integrado a ellos tardíamente. Es un proceso complejo. Pero de un modo general sí se puede decir que la atomización y el sectarismo sólo se superan cuando estas organizaciones se dirigen decididamente a la organización popular y saben dar a la base participación y responsabilidades.

## 4. Comunidades cristianas de base

De esta lucha por organizar al pueblo nace la Iglesia popular y como su corazón, las comunidades de base.

En este proyecto de liberación integral el sujeto evangelizador es el pueblo evangelizado, es decir el pueblo —que es cristiano— que resiste, lucha, ora y espera. Es también sujeto imprescindible —secundario en el proyecto, principal en sus fases iniciales —la institución eclesiástica: religiosas, curas y obispos comprometidos



con el pueblo, solidarizados como intelectuales orgánicos con las clases oprimidas.

El destinatario mediato, pero real, de este proyecto es todo el mundo. El destinatario directo es el pueblo oprimido a quien se le anuncia que Dios está comprometido en su lucha por la liberación. En segundo lugar, las otras clases sociales a quienes como ganancia para ellas se convoca a que se la jueguen por la liberación del pueblo poniéndose a su servicio. En tercer lugar se dirige como mala nueva a los opresores recalcitrantes: Dios es parcial, está en contra de ellos.

Tenemos que decir con alegría que a través de estos años se ha consolidado en nuestro continente esta Iglesia popular: diariamente se reúne en cien lugares. Se dispersa por toda nuestra geografía. Se interna por nuestros barrios. Se hace presente en el trabajo y en la universidad. Son personas nacidas en el pueblo o que, viniendo de otras clases, han cambiado sus solidaridades y están en proceso de una opción estable y madura por la clase oprimida. Son grupos jóvenes —aunque hay personas con muchos años en la pe-

lea— y se sienten débiles, y lo son; pero con su debilidad son capaces de fortalecer a quienes viven a su alrededor.

Su palabra de orden es: poder de base. Por eso en sus acciones insisten en estructuras muy democráticas y participativas y en sus métodos de acción tratan de lograr consenso.

Consecuentes con su objetivo de articulación popular todos estos grupos insisten de uno u otro modo en la educación liberadora, en la concientización. Tal vez se haya superado ya una concepción un tanto idealista y aun mecanicista del método de Paulo Freire y se haya internalizado bastante una actitud de auténtica indagación y creatividad de la que va surgiendo una conceptualización cada vez menos impostada y más genuina de la situación que se vive y de la práctica que se emprende.

Son grupos capaces de cargar con un alto costo social: esfuerzos constantes

sensato acusar de ambigüidades teológicas a estas personas. Creemos por el contrario que lo que acabamos de decir es una expresión menos inadecuada del misterio de Jesús —todas lo son— que formulaciones usuales como El Divino Redentor, el Dios—Hombre y otras por el estilo.

Es cierto que estos grupos experimentan a veces dificultades en la relación con el trascendente. Sin embargo creemos que éstas desaparecen en la celebración eucarística, que es el momento en que estos cristianos reconocen y celebran gustosos su fe —claro está que sólo cuando tienen oportunidad de contar con un cura que sea capaz de comprender la misa como un acontecimiento y no como una ceremonia totalmente codificada y repetida sin fin. Hay que decir que entre los aportes de estos grupos a nuestra iglesia uno y bien apreciable es el redescubrimiento de la misa como un encuentro, como un esfuerzo de comunión en el que

logrará cuando todos nos decidamos a transitar el mismo camino liberador que recorriera Jesús. En este camino urge rescatar el sentido cristiano del conflicto, ya que si nadie quiere exacerbarlo gratuitamente, tampoco es digno de un seguidor de Jesús eludirlo por cobardía: en este mundo en pecado no puede constituir un ideal cristiano el evitar a cualquier precio el conflicto. Como un caso de conflicto estaría el problema de la violencia. En primer lugar tenemos que denunciar la violencia que hoy se ejerce en gran escala contra nuestro pueblo por parte de las empresas, de los medios de comunicación y de los gobiernos. En segundo lugar hay que asentar que los cristianos amamos la paz y detestamos la violencia y en nuestra utopía está el acabar por siempre con ella. Pero tenemos que decir también que el cristianismo “no es simplemente pacifista, porque es capaz de combatir” (2—15).

Dos bloqueos que paralizan aún hoy esta lucha por la justicia serían la sacralización del derecho de propiedad privada y la acusación lanzada al parecer sin apelación, contra cualquiera que intente hacer algo, motejándolo de marxista, de comunista. Por lo que respecta a la propiedad el status cada vez se atreve menos a invocarla. Es muy difícil hacerlo cuando la base teológica es tan endeble y son tantos los textos de la Biblia, de los Padres de la Iglesia y de los teólogos clásicos que la relativizan y la subordinan al único absoluto: la destinación universal de los bienes de la tierra. Sin embargo la acusación de marxismo aún resulta eficaz para paralizar muchas acciones cristianas. Habría muchas razones. Una, que aún la Iglesia institucional no ha tenido tiempo para situarse matizadamente ante este fenómeno, aunque la encíclica de Pablo VI, *Octogésima Adveniens* supone un gran paso en este camino. Otra, tendría que ver con los dogmas que persisten en la filosofía marxista de signo ateo y militante, aunque buena parte de los teóricos actuales y algunos partidos neomarxistas los hayan ya superado. Pero la razón más importante estaría en la manipulación interesada de los medios de comunicación que aterrorizan al pueblo y a la institución eclesiástica con premoniciones catastróficas en las que ellos no creen pero que sirven para inmovilizar los esfuerzos para superar este sistema opresor basado precisamente en la propiedad privada.

Habría muchas otras manifestaciones de esta lucha ideológica, pero el núcleo consistiría en derribar como ídolo una imagen de Dios basada en la absolutización de las jerarquías terrestres con su correspondiente imagen de salvación y de Iglesia. Esta lucha ideológica busca sus fuentes en el camino de Jesús, en sus conflictos y en la participación de su destino.



de adaptación, de autocrítica, de creatividad, tenacidad en los esfuerzos, capacidad de resistir la lentitud del proceso y los fracasos, y austeridad. Y sin embargo no hay la sensación de angustia económica, se es capaz de compartir, de dar y recibir compañía y —a pesar de la fatiga del trabajo— hay gran sensibilidad por lo lúdico y no escasean los ratos de auténtico gozo.

Para esta Iglesia Popular Jesús es indiscutiblemente la fuente de inspiración. Jesús es sentido ante todo como el hombre fiel: Fiel a su misión de proclamar la posibilidad y la inminencia de un mundo como Dios manda, fiel a su camino de compromiso con el pueblo y denuncia de todo tipo de opresión, fiel a su estilo de permanecer en la base como quien sirve, fiel cuando crecía la oposición, fiel en la represión, fiel en el suplicio. Y fiel ahora en su presencia entre nosotros. No se le siente a Jesús como un ser ante quien hay que postrarse. Más bien se le siente grande porque continúa hoy sirviendo, dando inspiración y guía. Por ser fuente de vida se le siente único e insustituible, nuestro hermano mayor. Creemos que sería in-

acontece la presencia confortante de Jesús. Y allí se confiesa la fe, allí se ora, se pide perdón y ayuda, allí se sumen de nuevo en la fuente del compromiso liberador. Allí finalmente se invoca al Padre de Jesús como a nuestro Dios y se le pide su Espíritu de hijos y que apresure la llegada de su reino.

##### 5. Lucha ideológica

Este proyecto nace en una sociedad que se autotitula cristiana y que pretende legitimarse por su carácter de portadora y defensora de los valores cristianos, constitutivos de Latinoamérica y actualmente amenazados. Por eso este proyecto si quiere llegar a las mayorías conlleva una **lucha ideológica** que desenmascare estas pretensiones del orden establecido.

Y ante todo, la invocación a la paz y a la unanimidad del pueblo cristiano, ya que no se trataría de conservar la paz que no existe —lo que existe es la institucionalización de la violencia— sino de edificar la paz cristiana basada en la justicia y en la supresión de las discriminaciones, porque la unidad para los cristianos sólo se